

Dos marcas rojas

Sentada sobre el borde de la cama, ella intentaba contener el temblor de las rodillas y bloquear la mente, para no imaginar la forma, el olor y, sobre todo, la humedad del hombre que entraría por aquella puerta. En su mano derecha aferraba el crucifijo dorado que su abuela le regaló aquel último día en Ucrania.

Volvió a sentir asco al recorrer con su mirada la habitación. Era asfixiantemente exigua. La cama de matrimonio sobre la que se sentaba estaba flanqueada por dos mesitas de noche de contrachapado caoba. La luz de las dos lamparitas era roja. La colcha de la cama era roja. Los cojines de poliéster con forma de corazón eran de color rojo. Las paredes estaban cubiertas de gotelé rojo intenso. La lámpara de papel que colgaba del techo supuraba luz roja. El rostro que se reflejaba en el armario acristalado también era rojo; una visión anticipada del infierno que predicaba el cura de la pequeña iglesia de Vatutine. Apartó la vista del espejo. Aquella mujer en minifalda negra de licra, top blanco traslúcido, labios y zapatos de plástico encarnado no era ella, era otra persona distinta. Lo único reconocible era la melena rubia que se desbordaba sobre la cuenca esculpida entre los omóplatos de su nivea espalda semidesnuda.

La puerta se abrió y era gordo, aunque menos de lo que temía. Tenía pelo negro y grasiento peinado hacia atrás para disimular la calvicie y barba rala de cinco días. Cuando, después de mirarla de arriba abajo, el hombre sonrió, ella se sintió ya desnuda. De su sonrisa brotaban sonidos que se esforzaban por ser alegres, pero ella no los entendía. Algunos de los sonidos se repetían impacientes y quedaban suspendidos en aquel aire infectado de rojo, apremiando una respuesta. Cada vez costaba más mantener las rodillas quietas.

Cerró sus ojos grises al percibir el aliento escondido tras los rescoldos de un chicle de menta. No veía las manos, pero sentía cómo estrujaban sus pechos con fuerza, dejando una pátina pegajosa y húmeda sobre su piel. La barba y los dientes hendían la carne, ya irritada por el calor corrosivo de la lengua. De dos tirones, le bajó la falda junto con las bragas y las terminó de sacar con delicadeza, para que los zapatos rojos de aguja no se le cayeran de los pies. Un giro violento la colocó boca abajo sobre la cama. Apretó los ojos y apretó el

crucifijo. Durante un instante, oyó solo el roce de la ropa del hombre al deslizarse y caer al suelo.

Con los ojos aún cerrados, se obligó a arrancar su mente de ese sitio y llevarla a otro lugar y a otro tiempo, feliz y miserable. Las imágenes se sucedían abigarradas, incesantes, cacofónicas. Las manos teñidas de rojo de su abuela, mientras cantaba *Shchedryk* y preparaba *borsch* en la cocina. La pequeña escuela donde estudiaban, apiñadas alrededor de una desvencijada mesa de roble. El calor que irradiaba el cuerpo de su hermana, bajo el edredón, en los inviernos de Vatutine. Gerberas en la tumba de su abuelo, bajo la sombra enjuta de una cruz de madera. Su padre cubierto en carbón, persiguiéndola para robarle un beso. La noche previa al viaje, entre sueño y vigilia, esperanza y desgarró. El vestido rosa de rayas, aquel Domingo de Resurrección. Los ojos de su padre, enrojecidos, el día que cerró la mina. Paseos por el río, al atardecer, junto al tamarisco. Los alaridos de aquel cerdo sacrificado en la granja. Lágrimas a raudales de su madre rociando su rostro. Aquella prometedora oferta como niñera en España. El sabor pegajoso de la leche tibia, recién ordeñada. Treinta y cuatro horas en autocar desde Ucrania. Fuego en los ojos de Yure, después de besarla. El pasaporte, arrebatado de un tirón. El chisporrotear de la chimenea. Olor a paja cortada en la granja. La promesa a su madre. Los ojos de su hermana. Girar y romper a llorar. Campos de trigo. El abuelo amortajado. Manos ajadas. El crucifijo. Su madre. Ojos grises. Los ojos. Ojos rojos. Ojos. Ojos. Ojos. Rojo.

Sentado en el borde de la cama, como ella quince minutos atrás, el hombre alcanzó sus pantalones. En silencio, él se vestía y ella sollozaba con la cabeza aún enterrada bajo las sábanas. El hombre rodeó la cama y llegó a la altura de la mesilla. Giró la cabeza y la vio llorando desnuda sobre el colchón. Recorrió la habitación con la mirada. Parecía que la estuviese viendo por primera vez. Sus ojos traspasaron la luz roja como si fuera niebla y alcanzaron a desentrañar la sordidez. En sus pupilas teñidas de magenta se reflejó algo a medio camino entre el asco y la vergüenza. Metió la mano en el bolsillo derecho del pantalón y, en un instante, su mirada cambió del rojo al verde, como los semáforos. Arrojó un fajo abultado bajo la luz de la mesita y se apresuró a salir de aquella habitación.

Ella terminó de enjugarse las lágrimas con la mano izquierda. Tuvo que abrir la mano derecha para recomponer la cama y para volver a deslizar el escueto uniforme sobre la piel magullada. El segmento más largo de la cruz dorada había perforado la palma de su mano en dos puntos, dejando dos marcas rojas de las que nacía un hilo de sangre. Volvió a sentarse en el borde de la cama, intentando mantener las rodillas quietas. En la mano derecha, latía de nuevo el crucifijo con fuerza.

Currer Bell